

Rebilcaz



María Gómez

A mi padre



María Gómez

Rebilcaz

Sala de la Muralla, marzo 2012

Comisario, Javier Hernández

TERUEL



Teruel es tierra de contrastes. El mudéjar de sus torres y catedral, declarado Patrimonio Mundial, convive con un estilo tan distinto como el modernista, cientos de años posterior, que podemos encontrar en algunos edificios ya emblemáticos en la ciudad, obra del arquitecto Pablo Monguió, discípulo de Gaudí.

Teruel es mezcla de artes, de culturas, de religiones. Teruel es una ciudad abierta al mundo, con un pasado que merece la pena recordar, con un presente que merece la pena vivir, y con un futuro que entre todos debemos escribir.

La obra que en esta exposición presenta la artista, María Gómez, representa esa mirada al futuro que apuesta por el Arte Moderno, vanguardista en esta época como en otro momento lo fueron las esculturas de turolenses tan ilustres como Pablo Serrano, Pablo Gargallo o Pepe Gonzalvo, entre otros. Es un honor para Teruel que esta artista aragonesa haya elegido la ciudad del Turia para mostrar su particular visión de la realidad, que estoy seguro de que no dejará indiferente a nadie.

Las esculturas y dibujos que acoge la Sala de la Muralla nos invitan a la reflexión sobre el devenir de la vida. ¿Somos nosotros quienes les observan o son ellos quienes nos miran? En sus rostros se adivinan diferentes sentimientos que la autora ha sabido plasmar a la perfección: felicidad, preocupación, angustia, serenidad... Pero mejor que sean ustedes, espectadores de excepción de esta muestra, quienes descubran lo que la artista quiere transmitir a través de su obra.

Paseen por la exposición, déjense seducir por las imágenes que le dan vida, permitan que se detenga el tiempo mientras contemplan todo aquello que el cuerpo humano es capaz de expresar gracias a la sensibilidad de esta artista que está compartiendo su saber hacer con sus alumnos de la Universidad de Valencia y que ahora ha querido traer también a Teruel.

Manuel Blasco Marqués

Alcalde de Teruel

Fluyendo leve, incierto, ciego en la alternativa
de relámpago y sombra, de sonrisa y de llanto,
y aprendo que mi alma es la alondra cautiva
que ciegamente quiere liberarse en mi canto.

Ildefonso Manuel Gil



Instantes, Reflejos y Trazos

Una propuesta artística, atesora en su génesis el reflejo del tiempo en el que se concibe, en ocasiones son muchos los tiempos y dilatadas las concepciones. El pasado siempre vuelve, pero su retorno se llena de madurez, de evocación de rasmia contenida y las más de las veces de liberación. Aquello que se anhela se convierte en digna aspiración, en objetivo y sobre todo en fuerza.

Vivimos una vida. ¿Tal vez varias?, en cada una abrimos y luego cerramos una etapa, pero en ocasiones, necesitamos volver a esas vidas vividas, poner orden, ensamblar aquellos sentimientos que no por pasados dejan de arder en los fuegos fatuos presentes. Casi siempre renacemos, sobre todo y ante todo en el oficio de crear, en el oficio del Arte.

Renacer es crear y crear es renacer, como si con las yemas de los dedos fuéramos capaces de tocar fuego y cielo, tierra y cierzo, como si condensáramos en una sola mirada las dos orillas del río de nuestra vida. De frente vemos esas aguas cristalinas y al igual que el sol, renacemos cada día; el material, el pincel o la complicidad del oficio nos administran una empena rotunda para renacer.

La idea plausible de que nada está enterrado para siempre. Ningún río pierde su estela y su acumulación de sonidos cuando llega al mar, todo es un continuo REBILCAZ: lo sentido, lo vivido, lo llorado. Un desafío a las dos orillas de la vida, y ahora —todo abandona los muros— las cimera tierras y se torna en impronta vigorosa ante la vista atónita de quien un día pensó que merecía la pena volver a vivir, aquellos instantes que forjan un alma.

El ser renace espiritual y fisiológicamente, lo hace en ocasiones dentro de la psiquis humana, por el contrario la vida crisol efímero lleno de reflejos es en muchas ocasiones quien confiere al individuo la conjugación permanente del verbo renacer. La obra de María Gómez es una

sinestesia de renacimientos, un continuo diálogo donde las nuevas comunicaciones catapultan al individuo como protagonista absoluto de ese diálogo.

A lo largo de nuestra vida, nos sometemos a la contemplación del arte como una de las necesidades de placer, como individuos. Arte, belleza, gusto, sentido y estética son los argumentos que como si de cimientos se tratara asientan el Arte en la tierra que pisamos en la vida que respiramos. Pero el arte requiere de creación y la creación de oficio REBILCAZ, es encabezamiento y síntesis de esos principios, el artista necesita expresar, necesita poner su punto de vista en la faz de la tierra como semilla de interrogación como puerta abierta a una reflexión que en los tiempos actuales, no solo se hace necesaria también altamente recomendable.

Y ese es el laboratorio de este proyecto, abrir nuevas veredas en lo que empiezan a ser los parvos caminos del arte. Decía Jorge Luis Borges, que todas las teorías son legítimas y ninguna tiene importancia. Lo verdaderamente importante es lo que se hacía con ellas, muy posiblemente en los tiempos venideros se pueda conocer con exactitud aquello que en esta exposición se propone, como siempre el arte y su historiografía juzgan, clasifican y postulan a posteriori, sin embargo hoy la creación es el centro de este laberinto de letras y plástica, crear para dialogar, crear con y para el individuo, crear para abrir modelos donde no solo la plástica sea el puerto final donde atraquemos, sino donde la plástica sea un elemento más que aglutine la propuesta como punto de partida y no como punto final.

Y no menos importante, el artista, el vehículo, el oficio del arte. El mundo sin arte es parvo y triste, el arte sin oficio no es emoción, puesto que se desconocen los caminos. María Gómez, es síntesis de esos principios, oficio y emoción, de su mano nos adentramos en una poética que abarca una realidad en constante metamorfosis y a la vez ante nosotros se abre un caleidoscopio de emociones, de pensamientos y de nuevas visiones de la creatividad con marchamo de esperanza.

Una propuesta que emerge en su tierra. Tenía que ser Teruel, tenía que ser la patria aragonesa esencia siempre viva, que con tanta rotundidad forma parte de su ser, dice Anchel Conte gran poeta en lengua aragonesa mira-me l'alma aflamada de seteenxuta d'asperanza, el alma de María, es río, cierzo, montañas y tierra roja, es acorde de tierra, de su tierra, perceptible en cada poro de su piel.

Quiero expresar con sinceridad que para mí, alto es el honor de comisariar esta exposición, pero la importancia no solo estriba en la obra expuesta. Por encima de todo, el poder estar presente en este punto de partida confiere el mayor de los atractivos y sobre todo transmite el respirar de una atmosfera de emociones cuyo desarrollo que ahora iniciamos, se atisba plagado de gratas sensaciones. Este es un trabajo donde ser espectador de la creatividad que ha conducido a esta muestra es la mayor de las recompensas, compartir amistad y oficio, me hacen afortunado. Por ello desde la complicidad del oficio de artista ¡Gracias por REBILCAZ! Como hijo de la patria aragonesa me cabe otro gran honor, el poder decir emocionado ¡Gracias por tu regreso!

Javier Hernández

Comisario de la Exposición



María Gómez. Esculturas en un diálogo narrativo

En muchas ocasiones el papel del crítico es mostrar el proceso creativo de la obra de arte, su evolución e influencias y, por ende, su significación ostensible en nuestras referencias culturales más o menos estereotipadas. Es una forma de explicar el arte en sus parámetros contemporáneos, donde la personalidad y la trayectoria vital del artista suele ser crucial para dar cabida al conocimiento de la obra. Es por tanto, una disección inteligible de algo que el espectador poco avezado podría percibir como hermético. Para el neófito estos juicios y opiniones personales —siempre que no vayan acompañados de metalenguaje— pueden ser de utilidad, ya que les advierte sobre aspectos, contextos e intangibles en los que puede reparar con más calma y atención, pero también una sobreabundancia de información “académica” pueden llegar a ser un peso muerto en la libertad del espectador.

En la apreciación del “Arte” siempre hay una carga subjetiva, proporcional a la calidad humana del receptor. Nuestras vivencias, nuestra forma de entender la vida, nuestras buenas y malas experiencias, instrucción, sensibilidad y estado de ánimo, son variables que se combinan sutilmente en la evaluación del objeto. Siempre tratamos de reconducir la obra de arte hacia nuestro terreno, hacia esos universos personales donde conjugamos experiencia y ficción. Quizá el reconocimiento de la historia —vivida, ausente o ajena— nos hace ser más sensibles y permeables al ejercicio de la contemplación.

En el análisis del objeto artístico también es fundamental la percepción del artífice que lo produce, en este caso María Gómez. Quienes tenemos la suerte de conocerla, sabemos de sus anhelos, de sus ensoñaciones, de sus deseos y de sus frustraciones. Experiencias todas ellas presentes en esta exposición, quizá en un deseo redentor de encontrarse a sí misma. Es fascinante bucear en la obra de arte desde el conocimiento trascendente del autor y escudriñar en las rendijas de su personalidad, especialmente en aquellas que se intuyen pero no están desveladas. De ese sinuoso mundo interior podemos vislumbrar ficciones, ensoñaciones y también miedos.

No obstante, el espectador que no conozca a la escultora no tiene porqué sentirse huérfano de experiencias comunes. El mundo que describe María Gómez está más cercano a nosotros de lo que imaginamos. Quizá la gestualidad plástica nos puede desconcertar en un primer momento, pero todos sabemos donde están esos espacios de confluencia y encuentro. Es todo tan evidente, tan humano y descarado como la vida misma. No obstante la estaticidad compositiva de las figuras nos invita a un ritmo pausado en la contemplación y por tanto propicio a la reflexión. Una introspección personal que ira tan lejos como ambiciosos sean nuestros anhelos.

En el año 2006 tuve la fortuna de comisariar la primera muestra de María Gómez en el Jardín Botánico de Valencia. En esa exposición titulada “Ulls de Ferro. Pinturas y dibujos” ya se esbozaban muchos de los planteamientos que con mayor fuerza se desarrollan en esta instalación. Eran cuerpos desnudos, desgajados de todo elemento material, mostrando plenamente su belleza, su fragilidad, su sensualidad e igualmente todo su desgarró. Lo pictórico y femenino de aquella muestra se ha transmutado ahora en escultórico y rotundo, en un valor “atávico” que parece entroncar con una tradición no escrita, pero reconocible por nuestros instintos.

Muchas de las figuras están cabizbajas, quizá sin esperanza, en las que su condición humana nos golpea. Las obras invitan al espectador a sumergirse en ellas, casi a convertirse en un elemento más de la exposición. Las esculturas producen un fuerte impacto visual, estremecedor en algunos casos, que nos llenan de incomodidad. En otras podemos intuir una inútil esperanza, complacida en la propia espera. Son escenas aparentemente descontextualizadas, aparentemente extrañas a nuestra retina pero que rápidamente nuestro subconsciente codifica, siente y mimetiza.

Es este sordo diálogo narrativo entre el espectador y las figuras se producen sensaciones contradictorias. Los ojos cerrados de las esculturas parecen producir placidez, en ese receso que todos necesitamos para encontrar la paz. Otras figuras parecen buscar los arrestos suficientes para rebelarse contra la intrascendencia de su propia vida, que pasa tan rápido como certera es su muerte. Pocas nos miran con descaro o con actitudes desafiantes, queriendo recuperar un tiempo perdido, quizá tan solo imaginado.

La obra de María Gómez es intensa en su ejecución. Anatómicamente las proporciones están utilizadas para resaltar el sentimiento expresionista y enfrentarse a ellas provoca cierta inquietud. A veces apenas hay interlocución en esas miradas ausentes y afligidas en tierra de nadie, pero poseen un gesto dramático que es tan reconocible y antiguo como la misma existencia de las imágenes. Muchos nos podemos sentir identificados en esas figuras sin ropa, sin los aditamentos de un tiempo preciso, incluso sentirnos reconfortados entre esa masa humana, cuyo patrón de conducta nunca es original.

Cuanto hace unos meses visité el taller de María en su casa, en esa frenética explosión de creatividad, entre cartones, yesos, borrones, barro y modelos a escala, me vino rápidamente a la memoria la malograda Camille Claudel, tanto por el tratamiento táctil y matérico de aquella desafortunada artista del impresionismo, como por la vitalidad y pasión de María, que podía llegar a la misma extenuación física. Afortunadamente nuestra artista es “maña” en todos los sentidos y las hostilidades sociales hacia la mujer ya no son las mismas.

Cuando la obra empezó a tomar cuerpo y ya se vislumbraba su naturaleza narrativa, llegó otro *flashback* a mi cabeza con la obra de Juan Muñoz. Sin duda alguna el escultor que más me ha fascinado en los últimos tiempos y que desapareció repentinamente en la plenitud de su carrera en 2001. Son muchos los puntos de conexión formal con este artista madrileño, aunque su devenir conceptual es diametralmente opuesto.

Podríamos seguir estableciendo analogías, espacios comunes, referencias literarias y citas, pero todas ellas son innecesarias. Se impone la contemplación sin más tapujos de la condición humana, mil veces pensada, mil veces vaciada en yeso, pero siempre reinventada en el arte y en cada uno de nosotros.

Joan J. Gavara
Historiador del Arte



Mai, mira-me l'alma
aflamada de sete,
enxuta d'asperanza...
Ye un campo labrau
an no i crexen qu'allagas
que punchan a bida
dica qu'a matan.
Mai, mira-me a yo.
Me reconoxes, mai?
Fue o tuyo ninon...
Güei so un ome
que no se como so.
Mai, me reconoxes?
Mai, ni sisquiera tú?!

Anchel Conte

“Rebilcaz”: la esencia humana bajo cenizas volcánicas

El espectador de la obra artística no siempre es conocedor del sufrimiento creativo que vive el hacedor de la misma. Una tensión permanente entre la idea y las limitaciones que encuentra su transliteración a un mundo material que habitualmente exige un prolongado proceso, y durante el cual nuevas ideas se entremezclan con las originales y obligan a un replanteamiento permanente. En definitiva, cualquier faceta creativa induce a desplegar cuadros clínicos que nos convierten en enciclopedias psiquiátricas andantes, y en los que exhibimos comportamientos obsesivos y oscilaciones emocionales que van de la euforia por la idea a la decepción en su interpretación, de la excitación por el logro a la pertinaz reflexión por alcanzarlo... Durante meses, que suman años, he asistido a este proceso como vecino de despacho de María, al tiempo que los demás vivíamos los nuestros en cada una de nuestras indagaciones escritas. Y en este punto he de reconocer que su quehacer plástico no encuentra parangón en nuestra más habitual lucha con la palabra. La suya durante tiempo ha sido una batalla visible para todo ojo observador; en ocasiones se manifestaba en los atributos de escultora, como restos de material en las manos y ropa, en otras en las heridas, como dolor muscular y rostro absorto, y en otras muchas en su mirada ilusionada y apasionada. Y en este último caso, creo atisbar que buena parte de culpa tenía la promesa de iniciar la exposición en su amada tierra aragonesa; concretamente en Teruel, equidistante de Zaragoza y Valencia, como probablemente se encuentre en buena medida su corazón a estas alturas de la vida.

La ansiedad vivida durante prolongado tiempo que hemos comentado en el párrafo anterior la ha dosificado María Gómez con extrema generosidad. Por un lado, porque su creación no se ha acomodado en los tradicionales canales de comercialización, sino que ha abandonado el camino más transitado por un bien expresivo superior. Y por otro, porque ha hecho partícipes a los alumnos de la licenciatura y el grado de Historia del Arte de la Universitat de València,

donde imparte clases la doctora María Gómez, de su intensa efervescencia productiva. Creo que si yo como profesor he sido vecino de ésta en este transcurso, muchos de los alumnos han sido auténticos inquilinos, lo que estoy completamente seguro les ha aportado una formación que difícilmente podría alcanzarse desde las clases convencionales, puesto que su formación ha comprendido tanto el proceso creativo como los aspectos expositivos que han dado lugar a un discurso completo. Y es que la obra no sólo se mueve en los condicionantes de translación de la idea a la materia, sino en los de la adecuación de ésta a un espacio dado, donde es evidente el esfuerzo y la impactante resolución alcanzada.

En esta exposición el espectador disfrutará del diálogo con las obras, y éste es siempre individualizado. La persona que contempla una obra puede elegir su relación con la misma, desde la mera coincidencia en un mismo tiempo y espacio, hasta situaciones que implican mayor voluntad, como el acercamiento hedonista o el que se realiza como medio de conocimiento de sí mismo y del entorno. En este último caso, obviamente, los resultados son diferentes en cada uno de nosotros porque diversas son nuestras vivencias, lecturas y capacidades para formular preguntas y buscar respuestas. Por esto mismo, he de reconocer que la manifestación pública de lo que nos transmite una obra o una exposición, que forma parte del oficio del historiador del arte, no deja de ser un ejercicio de exhibicionismo y un discutible favor a la artista, pues podría entenderse como una guía que reduce las capacidades comunicativas. Vayan por delante estas palabras para advertir del carácter selectivo de mis impresiones, que no pretenden exponer todo lo que me suscita la obra de María Gómez, ni mucho menos reducir su interpretación sino que invitan a ampliarla.

Creo contar con la ventaja, que puede convertirse en un prejuicio, de conocer la trayectoria artística de María en este siglo. Por lo que encuentro claras pistas de su inquietud. En concreto, me viene a la mente su exposición “Ulls de Ferro”, que se celebró en la sala de exposiciones del Jardín Botánico de Valencia en marzo de 2006. El lenguaje ha cambiado, pues en aquella

exposición dominaba una expresiva pintura de paleta espesa y grueso dibujo, pero el objeto de atención y la intención son similares: el cuerpo humano como contenedor de lo intangible, mental, anímico o espiritual.

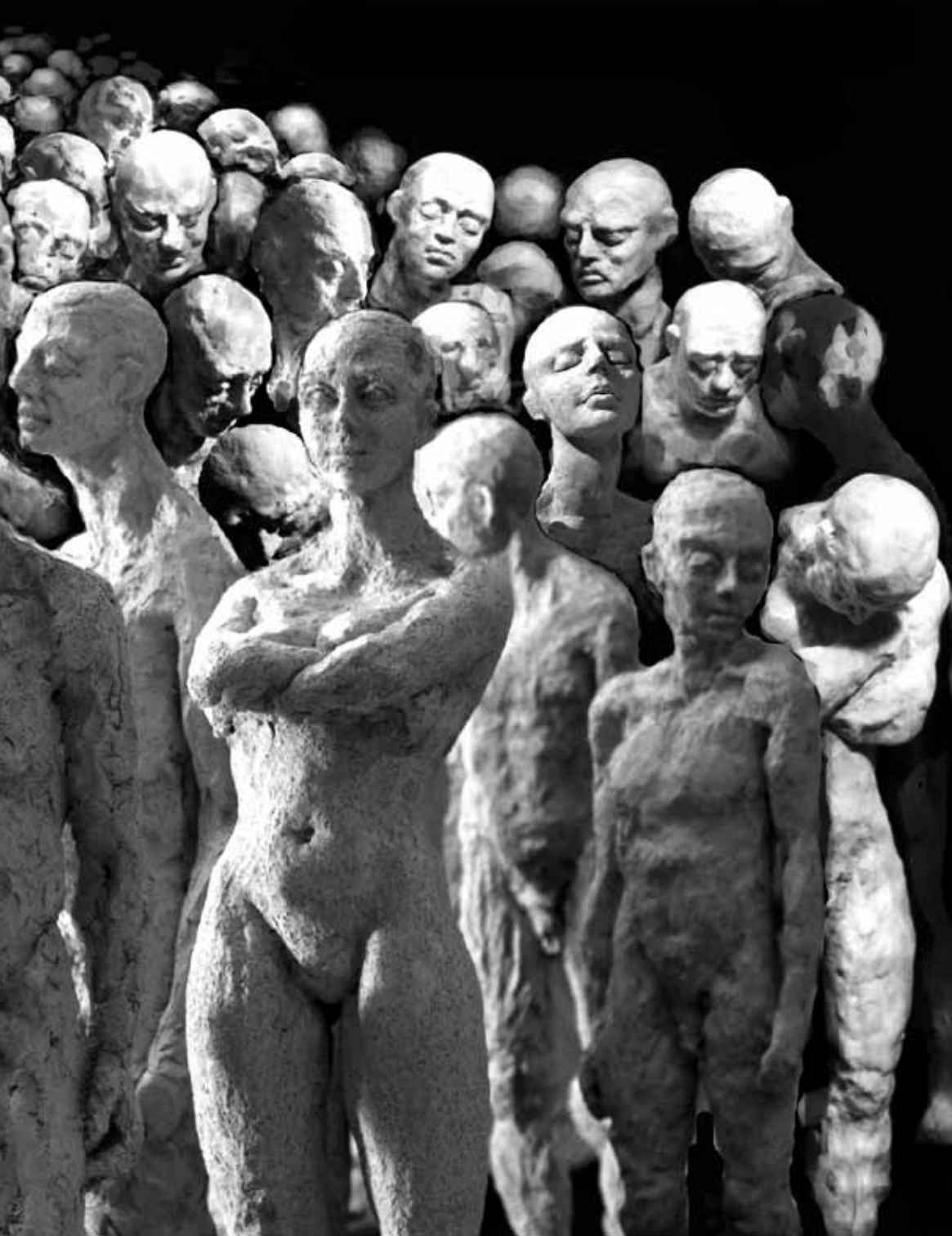
En Rebilcaz las esculturas y grupos captan un instante, pero éste no es físico sino emocional, no es fotográfico sino volcánico. Y es que la textura del barro y la disposición de algunas esculturas recuerdan las de las figuras humanas recubiertas por la ceniza volcánica del Vesubio que consigue moldear la figura humana, cuya exactitud del momento vivido y perdido nos sobrecoge. Sin embargo, en las esculturas de María Gómez no encontramos al individuo, puesto que las figuras deambulan sin expresión y desposeídas de elementos distintivos que pudieran personalizarlas, como el cabello o la ropa. En estos conjuntos sistémicos se manifiesta, eso sí, un expresivo tratamiento anatómico, donde la tensión y distorsión revelan un silencioso y diverso mundo interior, y en el que la mujer parece vislumbrarse más frecuentemente como ser erguido e ingrávido; tal vez, por la capacidad para no centrarse tanto en el momento que pueda proporcionarle el entender la vida como decurso en el que se transmite la vida.

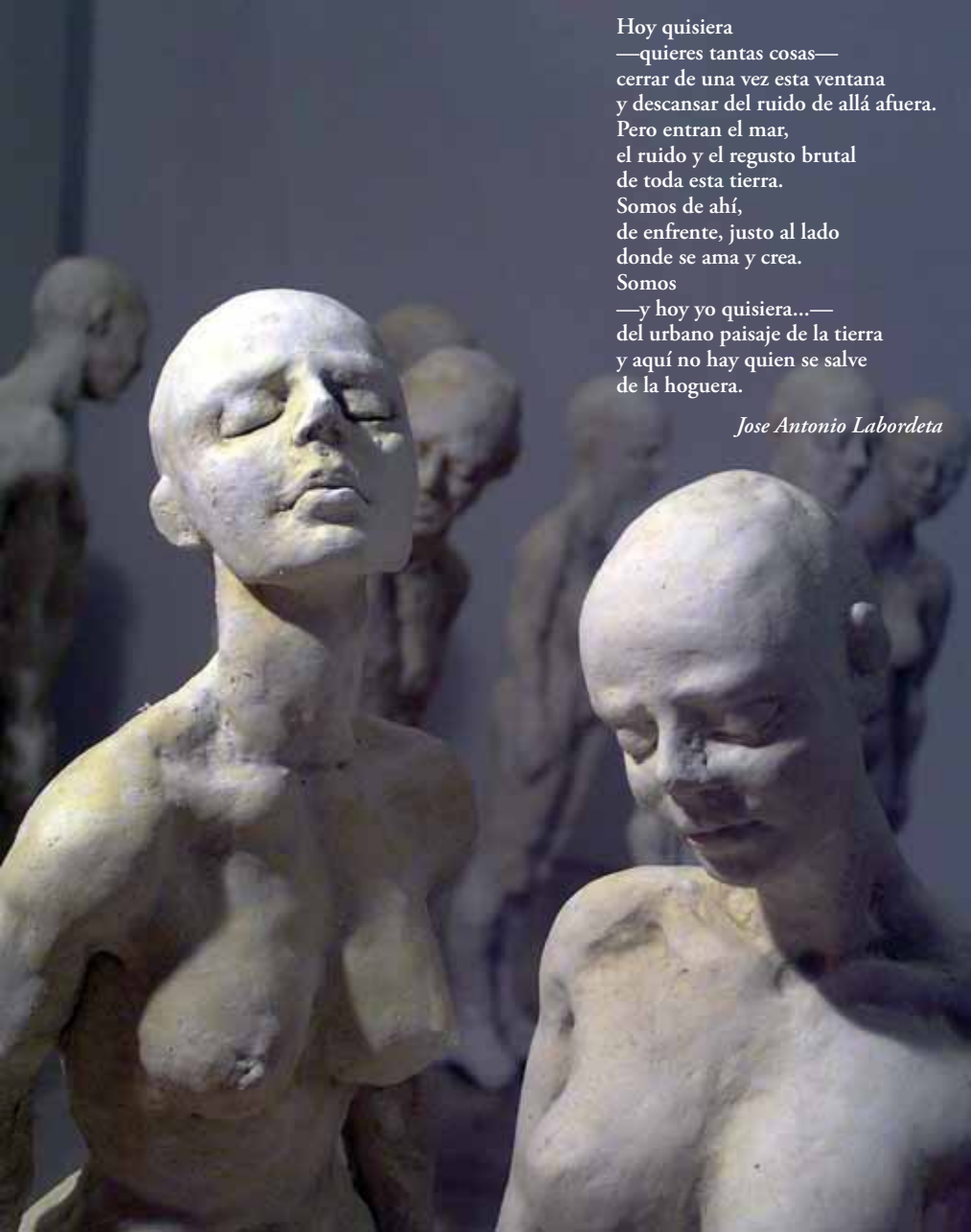
María Gómez ha creado entes de razón que sólo existen en el entendimiento, y su agrupación crea conjuntos de gran rotundidad que pueden crear inquietud y desasosiego ante la cotidianidad de lo que parece paralelo a nuestra existencia. Sin embargo, la observación de las partes conduce a una familiaridad que nos acerca a nosotros mismos y a los problemas que vivimos. En definitiva, nos encontramos ante el ser humano en su existencia social. La artista a través del barro, como ceniza volcánica, moldea los instantes de letargo, ensimismamiento, ensoñación, despertar y disidencia, esperanza de “Rebilcaz” de nuestro tiempo y, probablemente, de la humanidad.

Luis Arciniega García

**Director del Dpto. de Historia del Arte,
Universidad de Valencia**







Hoy quisiera
—quieres tantas cosas—
cerrar de una vez esta ventana
y descansar del ruido de allá afuera.
Pero entran el mar,
el ruido y el regusto brutal
de toda esta tierra.
Somos de ahí,
de enfrente, justo al lado
donde se ama y crea.
Somos
—y hoy yo quisiera...—
del urbano paisaje de la tierra
y aquí no hay quien se salve
de la hoguera.

Jose Antonio Labordeta

De la mirada de Camille Claudel a los espejos del cierzo.

Cualquiera de las fotografías de Camille Claudel me producen una grata sensación de armonía; pese a su vida desencajada de amor y barro, sus ojos tienen el sosiego de un adagio, su mirada seduce por limpia y está llena de candor. Imagino sus manos, su rabia, su necesidad de crear como solo lo hace un artista, anteponiendo su propia entraña a todo lo demás. Somos en ocasiones necios, el hombre tiene tendencia a la necedad y esta se ve más acusada cuando se trata de arte. ¡Sí! somos necios porque del recuerdo de Camille Claudel tan solo nos ha interesado lo voluptuoso y lo deprimente, aquello que por morboso es dañino; porque nuestro componente sádico nos hace disfrutar y adquiere protagonismo.

Y en el pasar de los años, el arte, la creación se rebela, lo hace con viento gélido y rotundo, lo hace esculpiendo no nuestro rostro —nuestra mente— abriendo paraísos de diálogo donde antes hubo oscuridad, donde reinaron las neuronas calcinadas.

El arte, la creación como construcción de un lenguaje que sublima la historia, llama con fuerza a nuestra puerta, nos pide diálogo a la vez nos otorga una nueva oportunidad de sanear nuestro entendimiento, en resumen nos hace “renacer” en un instante madurado y que aún no siendo conscientes nos es necesario.

En ese Rebilcaz que nos recorre con la fuerza que solo el cierzo impregna a los sentidos, percibimos una nueva manera de mirar, un encuentro con pasados y también con futuros, pues el futuro es el libro más apasionante jamás terminado. Y sobre todo renacemos porque la creación es entraña viva de su autora. María Gómez ha batido en crisol de vida, todo aquello que son sus componentes, pues el sufrimiento es vida tanto como lo es la alegría.

Cualquier obra de arte enaltece los sentidos, para mí Rebilcaz es música, me invita a un diálogo que me hipnotiza en la contemplación de —unos seres— que evocan en ocasiones acordes de Sibelius y de repente conversan al amparo de un allegro de Vivaldi. Cuando crees estar en la quietud de una cuerda de violín descubres que hay miradas de jota a tu alrededor. Mi turolense condición se hace plena de emociones.

Las miradas son música, los gestos son paisajes por llegar y la música es barro y algez, a lo lejos la mirada de Camille y en el presente, la entraña viva de nuestro gran río, del gran río de María.

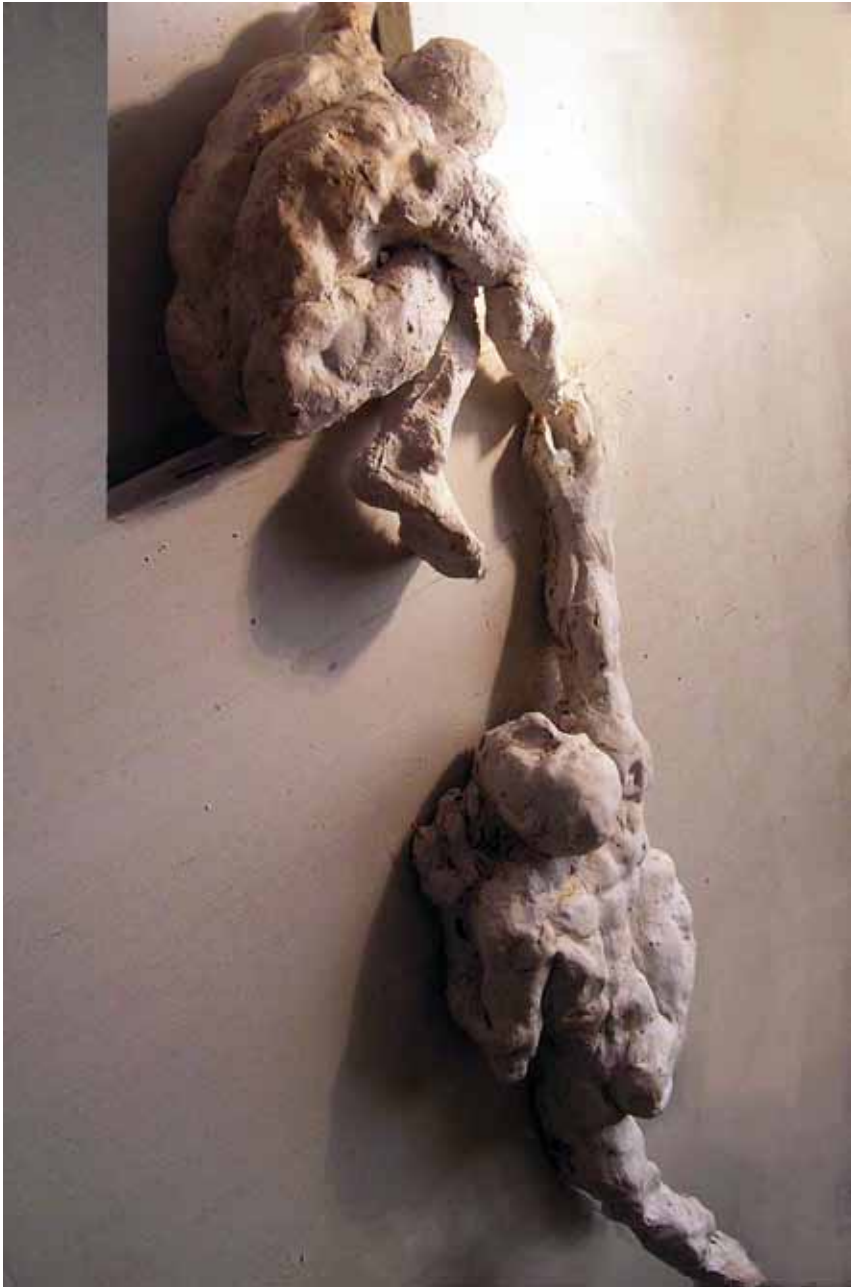
Didac Martí-Filosía Ibáñez

Violinista, compositor y director de orquesta



El semblante debe variar según los accidentes del hombre: cansado, en descanso, llorando, riendo, gritando, temeroso etc.; y todos los miembros de una persona en sus actitudes deben tener conexión con lo cambiado del rostro.

Tratado de Pintura
Leonardo da Vinci



Lo tendrías que saber dijera o no lo
dijera, cuando estremezca tu piel el
cierzo de voz severa cortante y cruel.

La Bullonera





Somos vosotros

Son seres con piel de yeso o barro, de formas musculadas y expresionistas de fuerte impacto visual, estremecedores en algunos casos, pero además de eso, al observarlos con detenimiento, espontáneamente desencadenan muchos interrogantes. Brotan sensaciones que el espectador va descubriendo, hurgando en el intento de descifrar el estado anímico o posibles pensamientos de esos seres de tierra. Resulta inevitable el diálogo con ellos, cada uno es un mundo, un gesto corporal, un rostro que lo dice todo sin movimientos ni expresiones específicas. Desde la quietud, desde ahí es de donde más intenso puede ser el mensaje.

Ellos interpelan implacablemente, preguntan directa y frontalmente a cada espectador sea cual sea su condición, edad o género. Sus expresiones, profundamente humanas, dejan entrever emociones, pensamientos, sentimientos y sueños, incertidumbres y anhelos. Nos sobrecogen con agrado, curiosidad o rechazo, pero nadie queda indiferente.

Sus formas parecen cobrar “vida”, desprenden algo cercano que se fuga entre sus sombras y que podemos reconocer, e incluso incomodarnos. Esto quizás se produzca porque no son ajenos a nosotros, bien porque en ellos vislumbramos retazos propios, o porque son cotidianos en nuestro entorno. Podría ser el “espejo” del mismo espectador según su personalidad y percepción. En cualquier caso, lo importante es la comunicación que se establece.

El expresionismo ha sido el recurso técnico de esta obra, pues las distorsiones anatómicas, algunas leves y otras no tanto, acentúan la gestualidad corporal. Cuellos con músculos en tensión, hombros afligidos o desafiantes en espaldas que tanto dicen de las cargas de la vida, la postura de los brazos y piernas; todo esto, cuidadosamente estudiado refleja en ellos la muchedumbre de una sociedad de cualquier época. No portan elementos identificativos de un periodo concreto de la historia. Ellos aparecen desnudos y sus cabezas rapadas, eliminando accesorios que puedan orientar cuándo existieron. Ahí sólo aflora el ser humano, no importa la época, nada cambia en el fondo y él siempre es actual; pues con toda seguridad podríamos verlos en una muchedumbre de cualquier país y cultura, o viandantes urbanitas de nuestro alrededor. Si trasladáramos ahora la mirada a las calles por las que pasamos con frecuencia, veríamos gente de todo tipo; cada individuo es un mundo, una personalidad, una vida, personas que caminan desempeñando un rol determinado y a pesar de que sus cuerpos están ocultos bajo la ropa y cabellera a la moda, no ocultan nada porque a través del aderezo asoma su estado anímico, personalidad y sentimientos de diversa índole.

Este trabajo es “forma”, volúmenes estudiados, analizados y diseccionados buscando lo esencial sin saber qué es, quizás, algo tan intangible y complejo que se desvanece simplemente en sensaciones que flotan. No reivindican nada, no plantean preguntas ni cuestiones de “candelero” o actualidad social; ni siquiera ensalzan o idealizan la estética del arte. Están ahí, nada más.

María Gómez

TÉCNICA

Esculturas realizadas como piezas únicas, sin molde. Tampoco se han realizado con modelo de 55-70 cm. de altura.

Material: yeso y terracotas.

Técnica: Yeso mezclado con colas naturales añadido paulatinamente en varias fases, a la vez que se tallaba la forma con diferentes herramientas hasta llegar a su finalización con un acabado con lija según texturas.

El barro: Gres chamotado cocido a 900 grados.

Cada escultura se ha construido con planteamientos individuales (sin molde) sobre un mástil que sustentaba la figura. Ésta se ha realizado añadiendo el barro a partir del pecho añadiendo a medida que secaba y tomaba "cuerpo" permitiendo realizar las esculturas completamente huecas sin hacer "vacíos" posteriores.

MURALES

Pintura acrílica sobre lienzo en manchas y veladuras y línea a carbón.





La fantasía, aislada de la razón,
sólo produce monstruos imposibles.
Unida a ella, en cambio,
es la madre del arte y fuente de sus deseos.

Francisco de Goya.

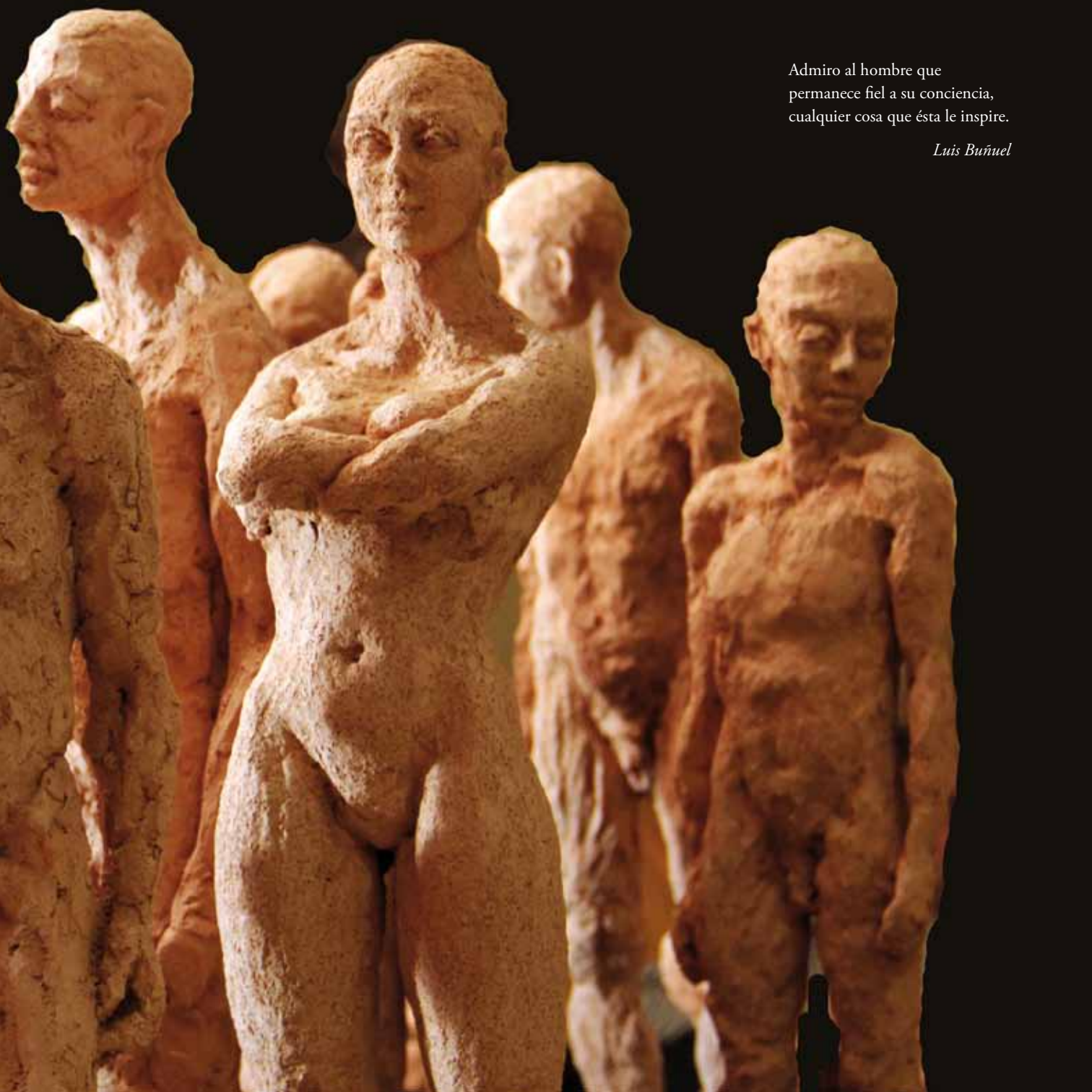




Podries seguir ara els camins de la nit, una nit personal, intransferible, teua, la nit o consciència assumida per tu —assumida o sofrida responsabilitat— i que, per ser tan teua, tan suada per tu, o bé, conjugalment, tan viscuda per tu —tu ets un entre tants i no ho has d’oblidar—, podia ser ben bé la gran nit de tothom (l’obscura consciència general de la nit seria un sentiment dolgudament fratern, la universalitat de l’espant i la pena monumentalitzats en un ésser inermes unes ombres deformes, concentracions tristes) en unes circumstàncies amargament humanes, l’home identificant-se amb l’horror o el no-res, engolida per la nit, nit en la nit per sempre, o estrictament humanes, si es voldria aclarir, i encara així seria espantosament teua, i reivindicaries certs senyals secretíssims, ratllat de cap a peus per l’estupor invicte, per més que altres volguessin fer-la seua també (i que Déu els ho pague enmig de tot, com diuen): hi hagué en aquell moment una unanimitat de nit, tota la nit, a les boques i els versos, la nit, gola de llop, nit de pèls i suor, i encara hi ha algun vers, sona alguna guitarra,

Les Coses
Vicente Andrés Estellés



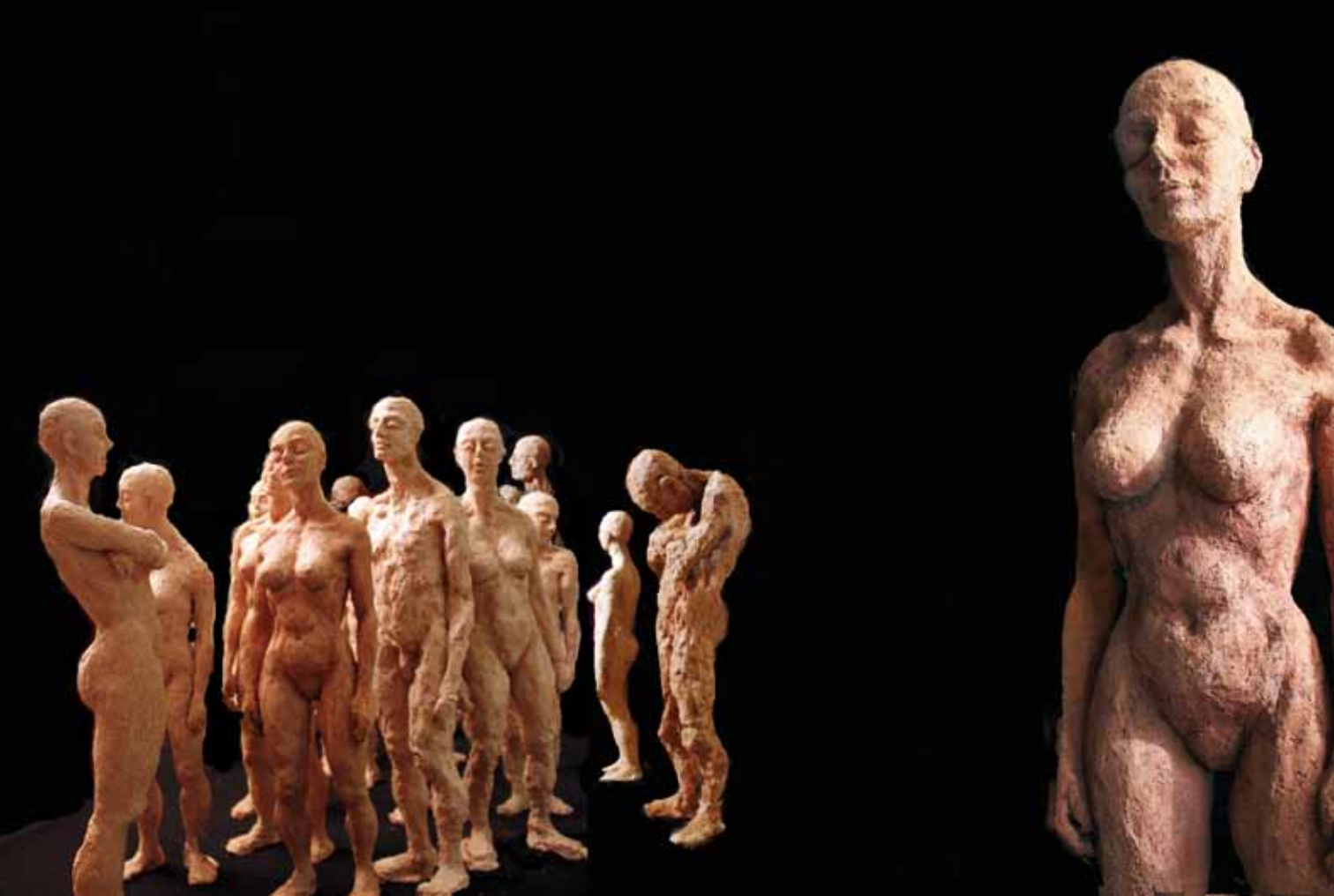


Admiro al hombre que
permanece fiel a su conciencia,
cualquier cosa que ésta le inspire.

Luis Buñuel







Teruel
AYUNTAMIENTO 

